

- Te apareciste en un sueño ayer. Me preguntabas qué estación del año me gusta más y yo te decía que todas menos el verano, porque hace mucho calor. Vos te reías, no podías creer que el verano no me guste. Y yo pensaba: claro, porque él pasa mucho tiempo en Brasil. Me preguntabas por qué no me gustaba el verano, si yo tenía "alta presión", y yo te decía que no, que tenía baja presión. Pero después entendía que seguramente te referías a otro tipo de presión. Así que me desperté pensando en todo eso, y en cómo estarás.

Ese es el mensaje que te envié el 26 de febrero, hace poco más de un mes. Nunca contestaste, quizás porque ya no te sentías bien. Unas semanas después, cuando te mandé la nota que escribí por los cinco años del asesinato de Marielle Franco, la que sí me contestó desde tu celular fue Vida, tu compañera:

- Hola Laura, Osvaldo está internado, y acabamos de mencionarte por un reportaje que le habías hecho sobre Bolsonaro. Comentábamos que hace un tiempo no recibíamos artículos tuyos, y justo llega este sobre Marielle. Te convocamos y llegó tu mensaje.

Desde que partiste, lo único que me quita un poco la tristeza es escribirte. Por el momento, es la única manera que encuentro de seguir manteniendo vivos nuestros diálogos. Nuestro vínculo de psicólogo y paciente, que duró más de diez años, y que luego se terminó transformando en una amistad.

Pero no sé si escribo por eso, o si eso es algo que vos me dirías, me interpretarías. No logro saberlo con precisión, porque desde hace ya un tiempo que adentro mío nuestras voces están mezcladas como si fueran los diálogos de un guion moderno. Y quizás fue por eso que el último tiempo habíamos dejado las sesiones, porque un poco ya habíamos aprendido a adivinarnos los pensamientos.

Estos días estuve pensando mucho en esas dos situaciones, porque siento que fueron tus despedidas, al menos en este plano de la existencia. Y un poco lo comprobé hablando con una amiga en común, recordando anécdotas que cada una tiene con vos. Ella una vez te preguntó en qué creías, y vos le dijiste que creías en la magia y en la energía.

Y claro, algo -o mucho- de eso hubo en esas despedidas, porque sin duda fueron sincronizaciones. Un llamado tuyo directo a mi inconsciente: vos analizándome en un sueño, revelándome una vez más algo de mí que yo no sabía. “Te convocamos”, dijo Vida. Yo lo percibí y te mandé la nota. Además, el texto era sobre un hecho de Brasil, el país en donde te exiliaste durante la última dictadura y viviste más de diez años. Fueron demasiadas coincidencias. Suficientes como para que los más escépticos empiecen, al menos, a poner en duda sus creencias.

Es paradójico: con vos aprendí a decir las cosas, y sin embargo, hay cosas que nunca te dije. Como por ejemplo, que siempre eras el primero en recibir mis notas una vez que se publicaban. Muchas veces llegué a sentir que mi constancia con el periodismo y la escritura tenían que ver con nuestras charlas, con saberte como receptor, como motor creativo ¿Ahora con quién voy a hablar de las cosas que pasan en el país y en el mundo? ¿Voy a poder seguir escribiendo?

Cuando escribimos juntos la nota sobre la victoria de Lula, el texto había salido como destacado en la web del diario dentro de las notas de opinión, pero faltaba ponerle una foto tuya. Te la pedí y me dijiste que no, que mejor dejarlo así. Que si fueras periodista escribirías todas tus notas con seudónimo, como se usaba antes. Y al final, agregaste algo que me dio mucha ternura: “¿Por qué no inventamos uno compartido y publicamos notas de opinión juntos?”

Para año nuevo me mandaste ese video tan lindo que estuvo circulando bastante en esa fecha, de una mano que escribía 2023 en un pizarrón y cuando lo daba vuelta, a esos mismos números le agregaba una letra "b" y se formaba la palabra “besos”. Abajo de ese video decías: “...pequeños movimientos pueden cambiar todo...”. Te contesté que sí, que sea un año con muchos pequeños movimientos y detalles que transformen todo lo que queramos y sea necesario.

Es muy extraño saber que no voy a enviarte esta nueva nota, a vos, que siempre fuiste un militante de las pasiones alegres, un gran curador de la melancolía. Pero también sé que así es la muerte: un terremoto que todo lo mueve, que todo lo cuestiona y lo sacude, para que después ya nada vuelva a ser lo mismo.

¿Qué pensabas sobre la muerte? ¿Qué es lo que se va, y qué lo que queda? Muchas veces hablamos sobre el tema, porque fueron varios los duelos que me ayudaste a hacer, pero esas preguntas nunca te las hice.

Recordando tu admiración por Gilles Deleuze, me puse a buscar qué significaba la muerte para él, y encontré un texto en el que habla de eso, citándolo a Spinoza: “La muerte no es ni el inicio ni el final sino que, al contrario, se trata de pasar a otro la propia vida”. La cita es el inicio de un texto de la escritora mexicana Esther Cohen, y sigue así: “En efecto, la muerte, de inmediato, lo transforma todo; al poner un punto final, esa vida adquiere, curiosamente, una nueva dimensión; cada gesto, cada mirada, cada palabra dicha y no dicha se resignifican. Es necesario entonces recrearlo, reescribirlo, y rehacerlo todo”.

A Osvaldo Saidón.